

El asesinato del deseo. Sexualidad y cultura*

Eugenia Vitar

DE NUEVO ME ENCUENTRO ante y entre un público que se reúne para saber de lo que sabe Ma. Teresa Dóring. Hace algún tiempo, en noviembre de 1994, tuve la oportunidad de escribir (que no presentar, pues ya no recuerdo qué situación no me permitió acompañar a Tere en aquella ocasión) acerca de una recopilación interesantísima que hizo nuestra compañera con el apasionante tema de la pareja. Entonces me hizo pensar y sentir, me exigió un arduo trabajo de concentración para desprenderme de la subjetividad sobreimplicada que me impedía escribir "seriamente" acerca de ese problema de todos y todas.

Hoy el tema no es más suave, no es más fácil de pensar que sí de sentir. Hoy el nuevo libro que nos presenta Ma. Teresa nos enfrenta, no sólo de narices sino de cuerpo, de alma, de corazón, de cerebro y de todas nuestras sensaciones, nada más ni nada menos que a la cuestión del placer, del deseo.

Aparece, claro está, la imposibilidad de separarse. Hoy no solamente nos encontramos a la pareja, sino también a sus sentires. Aquella pareja pareja, igual, sin diferencias, sin sinuosidades, de la que habla el *Diccionario de la Real Academia*, ahora hemos de pensarla como sujeta a los terribles avatares del sexo, del placer y del deseo. Lo que se me dificulta aquí es pensarla desde la objetividad que muchos han de esperar de alguien que se sienta ante esta mesa para hablar objetivamente de un texto científico.

Hace cuatro años, el diccionario me centró en el tema, me permitió dizque separarme y presentar aquel libro de *La pareja o hasta que la muerte nos separe*. Ahora no sé si lo lograré. Hoy he recurrido aun artificio separador que espero ayude a comunicarme con ustedes. Este ayudante de la subjetivi-

* María Teresa Dóring, *El asesinato del deseo. Sexualidad y cultura*, Fontamara, México.

** Profesora-investigadora, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

vidad sobreimplicada es una novela que estaba leyendo cuando Tere me llamó para preguntarme si esaba dispuesta a volver a correr el riesgo de presentar un libro suyo.

Fue una casualidad inaudita. La novela se llama *El anatomista*, de Federico Andahazi. En ella se cuenta la historia de Mateo Colon, quien en 1559 descubrió lo que él llamó "Amor Veneris", nombre latino para clítoris.

Pues bien, en su novela Andahazi relata la audacia de Mateo Colón, que no fue el que descubrió América sino el que encontró el "nuevo continente del placer". Este Colón creyó que con su descubrimiento se convertiría en el amo, dueño y señor de las mujeres. Si podía dominar el placer podía dominarlo todo. Su intención era, digamos que buena: solamente quería conquistar a una mujer en particular. Pero su descubrimiento desencadenó las terribles fuerzas del pensamiento de su tiempo y de la misma Inquisición. Le obligaron a guardar total silencio, pues pensaron que sería catastrófico que se supiera que las mujeres tenían un órgano que podía hacerles sentir placer. Si las mujeres no tenían ni siquiera alma, cómo era posible que pudieran gozar.

Quizás tenían razón. El descubrimiento de este pequeño y aparentemente insignificante órgano que guardamos las mujeres entre las piernas, efectivamente desencadenó cosas terribles como las que las compañeras sudanesas cuentan en la entrevista que aparece en este libro. Si las mujeres son capaces de obtener placer hay que "impedirlo a como de lugar.

En el mundo occidental se logra este objetivo de maneras más sutiles, que no menos terribles. Se nos convence de que la mujer que goza una relación sexual es una prostituta, que el recato femenino manda ser insensible ante las animalidades del sexo. A ella, a la mujer, le debe bastar el goce sublime de la maternidad, de las emociones tiernas y suaves. El placer solamente es para el hombre; ella se lo debe proporcionar desde su comprensión, su emotividad, su entrega desinteresada. Si alguna vez llega a tener algo parecido a un orgasmo, éste es considerado por el hombre como un "maravilloso homenaje". ¿A su poder? ¿A su virilidad? El es el amo del territorio del placer, lo debe satisfacer con la mujer que la sociedad le ha dado en posesión o con cualquier otra que, aunque no sea suya en el sentido estricto, forma parte del abasto disponible. En el mundo islámico parece ser que las mujeres no han tenido este entrenamiento secular y son menos dóciles que nosotras. A ellas hay que cortarles el centro del placer; a nosotras no hace falta, nos lo insensibilizan a base de educación, ideología e historia. Ellas no lo pueden recuperar, nosotras parece que tampoco.

¿Qué pasa con el placer que resulta ser tan peligroso? ¿Por qué hay hombres que sienten tanto riesgo si la mujer goza? ¿Por qué se sienten amenazados? Las respuestas *son* innumerables; tienen que ver evidentemente con las cuestiones del poder y por ende con la perpetuación del estado inmutable de las cosas. El que en una pareja solamente sea uno el que obtenga el placer, es un buen argumento para justificar el sometimiento y la desigualdad. También se relacionan con el mundo intrapsíquico masculino y femenino, tema que Tere desarrolla ampliamente en sus reflexiones y comentarios y en el que, como yo misma, acepta que los hace llenos de subjetividad y emoción. ¡Qué bueno, Tere! Afortunadamente no has perdido la capacidad de asombro, de espanto y eres capaz de denunciar emocionadamente los asaltos a la intimidad de la mujer.

Ahora bien, si volvemos a la novela *El anatomista* y leemos la reacción que tienen las mujeres de aquella época cuando se enteran de que tienen el "Amor Veneris" oculto en su cuerpo, creo que podemos avanzar un poco más en esas reflexiones alrededor del placer y el deseo. Lo que deciden hacer es cortárselo ellas mismas. De esta manera, argumentan, serán realmente libres y podrán hacer su vida sin tener que estar atadas irremediabilmente a los hombres. Porque si un hombre me da placer me quedo pegada a él, me domina, me convierto en su sierva, parece que dicen estas mujeres medioevales. Si me lo corto, podré estar con ellos sin perder el control de mi cuerpo, sin perder mi autonomía.

Novela o no, ficción o realidad, esta reacción femenina podría llevarnos a pensar que quizás el título que Ma. Teresa puso a su libro no es del todo preciso. Creo que lo que se asesina es el placer, no así el deseo. Es más, lo que se pretende erradicar, lo que cercena, lo que asesina es el placer clitoriano, no así el placer en sí. No sé si este argumento sea una trampa que yo misma me pongo para justificar mi educación judeo-cristiana o para ocultar mi horror ante las prácticas pseudoreligiosas del Islam. Pero aún así, corro el riesgo y me atrevo a decir que el placer no solamente se obtiene en ese "Amor Veneris" del Colon descubridor del placer femenino, sino que existen muchos lugares, más de los que se encuentran registrados en los textos especializados en zonas erógenas sofisticadas. Casi cualquier lugar de un cuerpo en el que existe deseo puede convertirse en un centro de placer.

El problema, por lo tanto, va más allá. Es aún, creo, más terrorífico que cercenación de una parte del cuerpo (si es que cabe mayor terror). El problema está en que la sociedad, la cultura, la ideología pueda asesinar —ahora sí— al deseo. Resulta aterrador y subleva la sensibilidad el que sea posible

que cuando estamos a menos de dos años de terminar con un siglo en el que el ser humano ha avanzado científica y tecnológicamente más que en el resto de su historia, en el que cuenta con más recursos que nunca para que las personas lleven una vida plena y satisfactoria, las relaciones humanas se encuentren cristalizadas, estáticas, sin poder ser permeadas por el avance en otros campos. Podemos viajar al espacio sideral, podemos conocer la estructura atómica, nos enteramos de lo que sucede al otro lado del mundo en un instante, hablamos de democracia y de desarrollo, pero a las mujeres se les sigue asesinando el deseo. Qué es si no que una mujer carezca de autoestima, aún cuando cuente con recursos objetivos para sentirse valiosa. Qué es si no que una mujer sea abnegada, que prefiera perder todo a favor del marido y los hijos. Qué es si no que siempre se coloque al final de la fila. Qué es si no que se deje golpear, maltratar, engañar.

Tengo una hija de 21 años que lee sobre mi hombro lo que escribo. "Pero mamá -me dice- te estás pasando. Cada día sucede menos esto que tú estas escribiendo". Reflexiono y le doy la razón. Hoy, 1998, casi al final del milenio empieza apenas a no ser tan común. Cada día las mujeres nos damos más cuenta de las enormes posibilidades que tenemos aún por explorar, cada día las jóvenes son más íntegras, saben conservar y defender su deseo. También cada día más hombres -es justo y necesario reconocerlo- son conscientes de que la justicia y la libertad solamente se podrán alcanzar compartiendo la lucha con las mujeres. A fin de cuentas a ellos tampoco se les ha permitido expresar su deseo, también han sido manipulados por la educación, la ideología y la historia y han sido colocados en un lugar al que ya muchos no quieren pertenecer. Es cierto que tanto en África como en América Latina los asesinos del deseo y los cortadores del placer siguen impunes y muchas -demasiadas- mujeres siguen soportándolo; pero también es cierto que muchos hombres y muchas mujeres hoy invierten energía y emoción para encontrar cómo hacerle para vivir mejor juntos.

A final de cuentas, a pesar de los horrores que se describen, éste es un libro optimista y prepositivo que habrá de contribuir a denunciar estos asesinatos, pero sobre todo a reforzar, estimular y contener a las mujeres y a los hombres que queremos que las relaciones humanas se desarrollen y devengan en más justas, más dignas y más colectivas.

Creo que lo que hasta aquí les he comunicado resulta un amasijo de ideas sueltas y dispersas que no arriban a conclusiones contundentes. Son más que nada los pensamientos que se pueden más o menos hilvanar después de leer *este* libro y de mirar una realidad como la que allí se cuenta.

Han sido hilos que se desprenden del constante forcejeo que he tenido con mi propia historia, de las contradicciones que significa ser mujer en esta época. El texto de Ma. Teresa ha permitido el desprendimiento y que se entretejeran en un lienzo común de indignación, desafío y promesa.

Espero que este reto, desafío y promesa sean retomados, reelaborados, transmitidos y comprendidos por cada día más personas; que día a día nos indigne más a mayor número de gentes los abusos que cometen unos que se sienten o se creen más fuertes contra otros que se sienten o se creen más débiles. Y que esta indignación sea tal, que no solamente despierte por el abuso entre los géneros sino que baste y sobre para que alcance para indignarse por el abuso racial, ideológico y político. En esa indignación debemos caber todos.